

CAPÍTULO XV

LA FACTURA DE ESTA OBRA

SUMARIO

1. Al comienzo	XV-1 / 331
2. Mi método para otros libros y mi método para este libro.....	XV-1 / 331
3. El caos como método	XV-5 / 335
4. La escritura, otros escritores.....	XV-6 / 336
5. Notas al pie no.....	XV-6 / 336
6. La <i>lectura</i> de una biografía, <i>escritura</i> de este relato y <i>reflexión</i> sobre la actualidad tecnológica.....	XV-8 / 338
7. La interminable corrección	XV-11 / 341

Capítulo XV
LA FACTURA DE ESTA OBRA

1. *Al comienzo*

El presente capítulo lo rearmé con trozos escritos a lo largo de la confección de la obra, recortados de cada lugar pero reunidos gracias a la magia digital. Los reordené y traté además que sirvieran como muestra de un caso aplicado de mi método, en este caso el método de escritura. Pero no busqué un orden secuencial o cronológico: Ni siquiera todos los historiadores lo hacen.

Uno de quienes no lo hacen es EDWARD GIBBON, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776. Es que él no busca explicar un momento determinado sino un largo proceso. Aquí busco encontrar el sentido de una vida, lo que no se halla en la secuencia cronológica de los hechos que la componen.

No significa que el resultado sea bueno ni imitable: Apenas quiere contar una experiencia, por las ideas que pueda suscitar en los lectores.

2. *Mi método para otros libros y mi método para este libro*

Aparece así una primera diferencia sensible con mi anterior producción escrita, la que intenté fuera ordenada. Lo que no puede calificarse de ordenado es el método o el mecanismo que utilicé para escribir, para llegar al resultado que pretendo haya sido, en ellas, ordenado y coherente.

Hay una importante confusión entre *desordenada* y *descuidada* que es necesario aclarar. Al escribir las primeras versiones, ellas fueron deficitarias y necesitaron ser revisadas sin cansancio para ir puliendo las ideas, las referencias y por último también la redacción y armonía. El estilo es al final, si hay tiempo. Es el *charme* de un escritor autodidacta que nunca estudió con un profesor de castellano y se nota.

Esta insistente corrección en cuanto al fondo es una parte importante de la creación, que la distingue de la improvisación pura y aislada, sin el contraste de la investigación y el trabajo intenso y reiterado de revisión.

Muchos autores cuentan haber escrito algo de un tirón, a mí también me ha pasado, pero no significa que esas hojas sean lo que el autor publicará. Se escribe a veces de un tirón, en mi experiencia, el primer borrador, casi nunca la versión que saldrá a luz.

Pues es frecuente en el mundo de las ideas, que lo que ha salido de adentro sea así, pero responda a previas lecturas que casi sin darse cuenta incorporó a su ser. En este libro cuento un par de anécdotas. Otras veces puede ser que lo que se le ha ocurrido como aparente fruto de la inspiración creativa resulta no ser original, no porque haya olvidado que lo leyó antes, sino porque no es el primero en estar inspirado con *esa* idea.

Me ha pasado que al publicar un libro algún lector me pregunte por qué no cito a alguien que está en la misma línea de pensamiento. Mi primera reacción es decir que es porque no recuerdo haberlo leído, pero que lo leeré para comprobarlo.

En un caso eran ideas de FOUCAULT, que a su vez deben haber influido a otros autores que sí cito. Otros creen percibir influencias orientalistas, aunque cuando pido que me las identifiquen son reflexiones sobre el inconsciente. Es cierto que en Oriente se otorga gran trascendencia al inconsciente, pero en Occidente el tema es también conocido aunque no popularizado.

En cualquier caso, si bien es imposible completar la tarea de encontrar y comparar todas las referencias que existan en el universo sobre una determinada idea, para consignarlas como ajenas y no como propias cuando ello se justifique, lo cierto es que a veces terminamos el trabajo, no por entender haberlo completado, sino porque el hastío o el cansancio han agotado nuestras fuerzas.

Encontrar errores en la creación, al contrastarla con la investigación, nos proporciona un placer culpable, porque sabemos que, gracias a que otros han escrito bien lo que nos salió de entrada mal, se podrá modificar el trabajo que saldrá a la luz, citando la fuente que ha permitido corregir la idea errónea, dejando la sensación que, si bien se pensó lo contrario, se convenció luego de esa mejor idea o referencia. O también lo puede presentar como hipótesis refutada: "Si se sostuviera tal idea, cabría objetarle que..."

El proceso inverso debe también realizarse y quedar en la conciencia, aunque se hace de un modo diferente según la persona y el caso. Así, la idea creativa que se ha tenido y puesto en pantalla se la encuentra luego, a veces, igual, en otro autor anterior sin que se tenga nada para agregar o comentar.

En tal caso no queda sino declinar y en un acto de honestidad hacia los lectores, señalar que la idea es de otro y que uno coincide con ella. Pero la redacción propia puede quedar, sin usar también la del autor de la idea original.

No tiene sentido lógico, salvo tal vez la satisfacción narcisista, puntualizar que esa idea brillante que otro tuvo, se la pensó también después y sin haberlo leído. Ya lo han contado autores serios y no es preciso sobreabundar en el tema. Estoy seguro que es frecuente, pero es hacerle perder tiempo al lector introducirse en esos vericuetos de la mente humana, además de que no se puede saber si de verdad no la leyó nunca. La mente es traicionera en la calidad de la memoria.

En cualquier caso, luego de haber pensado y escrito cualquier idea, es necesario abundar en las lecturas para ir puliendo el trabajo y poniendo las referencias de lo que es parecido, lo que es opuesto y lo que antes, por un tiempo, se creyó propio y diferente pero, según resulta de la investigación, es producto anterior de otra mente humana.

He encontrado similitud en muchas actitudes y experiencias reiteradas de biografías o memorias de personajes célebres, pero que no hacen al *quid* de su creatividad. Comparar este homenaje a mi padre con la devoción que MOZART y MIGUEL ÁNGEL mostraban en sus cartas al suyo, sería absurdo de mi parte. No soy original en el sentimiento, punto. Parafrasearé una viñeta cómica de la película *Iron Man* de ROBERT DOWNEY JR., en la que ante sus exageradas y múltiples genialidades cinematográficas (parece una sátira a ELON MUSK) le preguntan si él es comparable a LEONARDO DA VINCI y el personaje fílmico contesta: “¡Ridículo! ¡Yo nunca pinté!” Imitando al personaje de *Iron Man*, yo jamás le escribí cartas a mi padre.

El método que he empleado es el más apto a mi juicio para generar creatividad real y útil para el lector. Desorden en la creación, sí, pero larga investigación y ordenamiento para la publicación. En este libro, más personal, el cuidado no impide que por distintos factores me repita un poco: Por ello las constantes remisiones internas.

De toda obra humana escrita habrá lectores cuidadosos y descuidados, como siempre, pero los cuidadosos advertirán dónde ha terminado la investigación y ha comenzado el cansancio, o dónde está presente la copia plagiaria, apta para engañar a mentes descuidadas pero no a quienes investigan algo en serio.

Eso me presentó un problema con el presente libro, que se me hizo pronto evidente: Las ideas surgían en desorden de mi interior y así las iba consignando en la pantalla. Al agruparlas, que lo hice, descubrí que el orden le quitaba naturalidad de expresión a mi relato, en la que quería mostrarme con autenticidad en cuanto a lo elegido para relatar.

En algún momento de la escritura se me fueron ocurriendo temas que requerían tratamiento autónomo y presentaban además cierto orden, por ejemplo mis anécdotas profesionales, o mis experiencias en la enseñanza, en la función pública o en la magistratura internacional. Las ordené, truncadas en los hechos contemporáneos.

Hube de difuminar mi historia al acercarme a seres vivientes, no porque la influencia de mi padre decreciera sino porque virtudes como el tacto (que no poseo, pero que imito), me fueron obligando a quitar casi todo lo interesante. He dejado anécdotas de juristas que me pintan a mí pero poco o nada dicen del otro.

Hay algunos seres vivientes, con todo, cuyas anécdotas conmigo cuento, pero estoy seguro que nadie salvo ellos mismos podrán descifrar el anonimato para el caso improbable que lean esta historia de un abogado, dado que ellos no lo son.

Quizás sea explicable que mis emociones influyan para introducir desorden en el relato de algo tan personal como mi propia vida y su relación con la vida y enseñanzas de mi padre, que fueron tan decisivas en mi formación. Uno puede ser libre de aceptar o no los consejos paternos, desde luego; yo siempre los acepté, con sumo provecho para mi vida.

La cuestión era si debía dominar mis emociones para darles una forma exterior de orden expositivo, o dejarlas en su desorden interno de origen, pero con las infinitas correcciones necesarias.

Casi nunca he escrito nada de una vez y para siempre, todo ha requerido la suma de un inmenso y esmerado trabajo adicional de creatividad, con la única diferencia que, en este caso, no existe en los primeros capítulos (ni en los últimos, donde hay una somera agrupación temática de supuestos no identificables salvo por quienes participaron directamente en alguna anécdota aquí anónima), el ordenamiento que es parte usual de ese esfuerzo.

Si fuera un libro sobre un tema más distante de mí, quizás hubiera resuelto ponerle orden a toda la exposición, pero lo he hecho en algunos casos menos íntimos. En lo que tiene de compromiso visceral, ello hubiera significado alterar uno de los objetivos o finalidades del libro, que no representaría más quién soy yo. Sería como si le hubiera dado este material a un tercero y le hubiera pedido que, con él, hiciera algo ordenado y sistemático en función de la información existente, que aquí dista de ser completa.

Ha sido ordenado mi dilecto prologuista del *Tratado de derecho administrativo*, JORGE A. SÁENZ. Yo, en cambio, he venido aquí a contar mi propia vida en la única forma que me sale contarla, a borbotones: No sería yo si escribiera de entrada con orden; el problema es que el producto de mis publicaciones anteriores pretendió ser ordenado en la publicación y ése también soy yo. También ha sido ordenado MARIO REJTMAN FARAH en las entrevistas que se registran en el Libro II de este

tomo 10, *infra*, pp. 555 a 633. En cambio, los *mails* que agrupa en sus cuatro primeros capítulos fueron “elegidos al azar,” según cuenta en la p. 365, *in fine*.

¿Orden o desorden?

Lo que quiero mostrar así es que el proceso de creación no es ordenado, al menos no en mi caso y que la única cuestión a resolver, luego de tener el material en su primera versión, es determinar hasta cuánto se lo corrige y reordena. Voy a seguir corrigiendo hasta tanto mi corazón me lo diga, hasta que crea que no tengo algo que corregir o que agregar, hasta que no tenga ideas pertinentes que agregar o redacción que corregir.

Así como publiqué un casi *ordenado libro* sobre el método, este es una muestra de mi *desordenado modo de crear*. Resolví no darle el orden ulterior que le introduzco a mis demás libros; no sería contar de modo veraz mi vida con mi padre y sus efectos en el tiempo.

Y si bien no he sido ordenado en buscar el sentido final de mi vida, sí me he esforzado en tratar de conectar los puntos de ella con lo que pude encontrar de la vida de otros y, en tal medida, rehacer lo escrito según cuál fuera el resultado de la lectura.

3. *El caos como método*

Quizás por ello este libro no es una explicación secuencial o lineal, ni menos completa, de cómo ha sido mi vida, sino de cómo se han desarrollado algunos aspectos de ella en relación perceptible con las enseñanzas o la personalidad heredada de mi padre.

Las anécdotas profesionales que relato son a propósito viejas, como un resguardo al anonimato con que son referidas; de tan antiguas que son, pocos han de quedar con la posibilidad de reconocerlas. Pero las relato porque, aunque añejas, creo que pueden ser de utilidad para el lector joven.

El caos es así temporal y temático, en función de los destinatarios del mensaje: Mi padre, mi familia, mis alumnos, mis futuros lectores; en el espejo de la pantalla, soy el primero en leer/escribir/conocer estas memorias y así descubrirme un poco más, buceando dentro de mí. (JOSEPH CONRAD.)

Exploro en forma circular, una y otra vez, las mismas o similares épocas de mi vida, salteando algunas y revisitando otras, cada vez desde un ángulo diferente.

A veces la inspiración de los grandes creadores, **no** el que escribe, puede en un instante proveerles el andamiaje completo y hasta todos sus detalles, como MOZART. Algo parecido cuenta GOETHE cuando relata que primero “*Reuní todos los elementos que ya llevaba un par de años revolviendo en la cabeza [...] pero, a pesar de todo, no salía nada de allí [...]*,” hasta que una noticia despertó nuevamente su creatividad “*en aquel mismo instante di ya con el plan de Werther; concurrí*

todo a formar el conjunto y cuajó en sólida masa. [...] Retener esa extraña adquisición, imaginarme y realizar en todas sus partes obra de tan principal y varia enjundia, resultóme tanto más fácil" (De mi vida. Poesía y verdad, Libro III, en sus Obras completas, t. III, México, Aguilar, 1991, p. 766.)

Aunque me hubiera gustado serlo, **ése no soy yo**. Pero siento la mayor admiración por MOZART, a quien disfruto escuchar.

4. La escritura, otros escritores

Tengo varias líneas temáticas o ideas fuerza, que se entremezclan entre sí. No ha sido de este modo como planeé hacerlo. Así es como salió, aunque en capas sucesivas. La más difícil pero inicial fue la más íntima y personal, la referida a la muerte de mi padre. Muy breve en el relato, es cierto, pero con la profundidad de sentimientos que cualquiera puede imaginar.

A veces consigno el momento de la escritura, pues es una de las preguntas que hacen los que me conocen poco: ¿En qué horario escribo? En ninguno, sigo la inspiración del momento y en especial jamás la desoigo cuando llega; o sea, cuando tengo ideas *nunca* postergo el momento de ponerlas en papel o en pantalla, *lo hago de inmediato, siempre*. Cuanto más moderno el adminículo y sus programas, mejor.

Aparecen así algunas comparaciones no demasiado obvias, las más útiles para el lector son las que se refieren a la escritura como arte creativo: *The Writing of a Novel*, de WALLACE y muchos otros que aparecen trabajados y citados en *El método en derecho*. Al que le interese indagar esta faceta, puede comenzar por allí, en el Libro I del tomo 6, <http://gordillo.com/tomo6.html>.

Cartas a un joven poeta, de RILKE, es un título con el que jugué en muchos momentos para una posible *Carta a jóvenes abogados*; Creo incluso haber escrito algunos borradores de esta segunda posible obra. No sé si la haré o no, pero algo de ella hay tanto en *El método en derecho* como en este libro dedicado a mi padre.

5. Notas al pie no

La primera dificultad técnica es que, al escribirlo y concebirlo con la intención de publicarlo gratis en *Internet*, con libre acceso y reproducción universal, sin perjuicio de hacer también una versión hedonista en papel (sin obligados derechos de autor para nadie), era necesario pensar y llevar a cabo algunas adecuaciones técnicas desde la escritura misma.

Toda mi vida me ha gustado escribir con notas al pie a las que el lector pueda dar un vistazo en la misma página y determinar así, en un instante, si le interesa o no leerla. Por eso este libro tiene sus notas concebidas para una versión digital, sin engorrosos envíos y reenvíos. En verdad, no parece tener sentido escribir dos libros casi iguales, uno de los cuales tendrá las ventajas del papel (notas al pie

de página) y no las desventajas actuales de la digitalización (notas al final o si no *links*) y otro, las ventajas de la digitalización (acceso universal y duradero, variabilidad del tamaño según el gusto del lector) sin las desventajas del papel. (Objeto perecedero de acceso limitado.)

Claro que las tabletas han mezclado las fronteras. Son maniobrables, permiten instantáneo acceso universal al libro (y duradero en *Internet*), se puede destacar el texto con colores, buscar una palabra al segundo en cualquier diccionario (e *Internet* en general o *Wikipedia* en particular), anotar, se pueden llevar casi infinitos volúmenes en una sola tableta y su nube, agenda, lista de contactos, cuadernos de anotaciones, *mail*. Casi la única limitación que le presentan *al escritor* es forzarlo a cambiar su forma de hacer notas.

El problema con las tecnologías actuales de publicación digital es que al permitir acomodar los contenidos a los distintos tamaños de pantalla y agrandar o achicar el tamaño de la letra cuando se necesita, no permite aún visualizar la nota al pie de página. A la inversa, si pone las notas al pie de página no permite agrandar o achicar el texto con comodidad.

Ello implica que para saber si la nota tiene interés o no, hay que pulsar el *link* hacia la nota oculta o ir al final de cada capítulo o del libro para, recién entonces, estar en condiciones de determinar si la nota es una mera referencia, buena para tenerla pero no indispensable para seguir leyendo, o es una larga explicación incidental sobre algo que puede o no interesar seguir leyendo, lo que se resolverá con mirar un par de renglones.

Me cuesta adaptarme al cambio: Los tomos 5, 6, 7, 8 y 9 no recogen este método sino que repiten el antiguo. En esta etapa de transición no me es posible mantener el esmero estético de armar cada página para que sus notas empiecen y terminen allí. Ahora me conformo con que no existan excesivos renglones en blanco.

Como el sistema de BIELSA hacía engorrosa la lectura (algo que también me reprochan algunos lectores a mis largas y profusas notas ¿de antaño?), al principio había tratado de ser parco en su empleo, pero con el andar de las páginas descubrí que eran demasiadas las reflexiones o datos que alteraban el relato principal, con lo que hube de relegarlas a un tamaño menor en el texto. El lector tiene la elección entre leer también los cuerpos menores o saltarlos, según sus gustos, o mirar un par de renglones para determinar si despiertan su interés.

Muchos autores contemporáneos (sociólogos, antropólogos, etc.) optan por hacer un ordenamiento diverso del material y/o pasarse al sistema de breves paréntesis no muy detallados para al menos indicar cuál es la fuente de la idea, quizás con una bibliografía al final para mayor precisión de la edición tomada en cuenta.

Pero con la explosión gigantesca de publicaciones ha aumentado también el número de autores de cualquier materia que son descuidados en la factura del

libro, muchas veces no originales y más veces aún, sin indicar el origen o la fuente de la idea expuesta, incluso sin siquiera saber de dónde vienen. Toca ahora a los lectores un nuevo nivel de atención, antes desconocido (MANNHEIM) de detección y adecuada discriminación de autores originales y autores que se limitan a copiar sin indicar la fuente. Para copiar una caracterización que hace un amigo de determinados autores, los hay al mismo tiempo “in-legibles” e “in-citables.» (*Argot académico, animus jocandi*, para decir que no se debe leerlos, porque no es seguro citarlos.) Los que citan a quienes no hacen sino meras copias refritas de trabajos ajenos, se ubican a sí mismos junto a ellos.

Mis primigenios trabajos fueron también compuestos con notas al pie. En las primeras tres décadas de la segunda mitad del siglo XX iba a la linotipia a agregar o quitar algunas palabras para que la nota empezara y terminara “en caja:” Antigua terminología de la época de la impresión “en caliente.” La impresión “en frío” ha triunfado al punto que no lleva más ese calificativo, pues resulta superfluo al no existir más la impresión “en caliente,” con una máquina de escribir gigante (linotipo) que creaba las letras con plomo fundido.

Hice lo mismo con el *Page Maker* y el *InDesign* en las diferentes ediciones que aparecieron en papel y también subí a *Internet*, hasta que ahora asumo que la mayor accesibilidad de la obra, instantánea en cualquier lugar del universo y su perdurabilidad en el tiempo, vuelcan la balanza a preferir, en la preparación del texto, la versión digital.

Si las notas van al final, no sirven porque no se van a leer. Casi no vale la pena haberlas escrito, si ese es su destino material. Entonces utilicé una mezcla del sistema de indicar a veces en el texto o en una *midnote* el *link*, o el autor y la obra, pero sin hacer una bibliografía al final porque no son *fuentes* ni *bibliografía* de esta suerte de parcial autobiografía, que consiste en una indagación de la mente y la memoria remota. Si hago una cita es con un propósito *literario*, no para darle *fundamento* a lo que escribo de mi vida y lo que viví gracias a mi padre y, por ende, no necesita ni admite el rigor de la cita técnica.

6. La lectura de una biografía, escritura de este relato y reflexión sobre la actualidad tecnológica

Este libro se comenzó a escribir en la misma tableta en que, al mismo tiempo, estuve leyendo la biografía de STEVE JOBS. Ninguna relación existe entre ambas salvo la contemporaneidad de su respectiva escritura y lectura, que me lleva a frecuentes comparaciones.

Pero la lectura de su vida ha influido en motorizar la escritura parcial de la mía. La lectura me inspiraba a la escritura, lo cual es un mérito más de dicha obra. En suma, he *leído* de a ratos ese libro y de a ratos *escrito* el mío. En mi vida

cerebral, son dos acontecimientos simultáneos en el tiempo. Pero también ocurrieron en mi mente otras cosas en paralelo.

Al avanzar en la biografía sobre STEVE JOBS, me fui acercando más en mi conciencia al presente de la tecnología digital. Fue un detonante de este libro la tableta y facilidad de acceso y uso para poner las primeras ideas en pantalla (me corrijo *in mente* para no decir en el papel...) en formato digital, sino también mi propia actualización tecnológica, que había descuidado un poco los últimos años y decidí recomenzar en los últimos meses del 2011 y sobre todo en el verano 2011-2012, sin mucha actividad en Buenos Aires.

Aproveché la calma veraniega para atacar otra vez los molinos digitales, destrozando los bolsillos y las tarjetas de crédito. Desde el verano del 2013 y en el 2014 estoy otra vez preparado para receptor los nuevos cambios que se anuncian. Y mientras tanto, he leído una cantidad inagotable de obras gratis del tipo memorias, biografías, relatos de viaje, en las mismas tabletas donde, en una al igual que en la otra, madura, exfolia e hiberna este texto.

Cada vez que la lectura de un texto en la tableta me inspira alguna idea para el mío, cambio de pantalla arrastrando cuatro o cinco dedos, hago la nueva acotación o referencia, subo la nueva versión para que se duplique en la otra tableta y regreso a mi lectura original o a lo que la curiosidad o el interés me indiquen. Muchísimo más rápido y eficaz que trabajar en versión papel.

Había llegado antes a la conclusión equivocada que la tableta era maravillosa pero insuficiente cuando se trataba de un trabajo más largo; que era necesario recurrir a la *PC* para centralizar todo en el *iTunes* como STEVE JOBS quería; que debía de todos modos utilizar una *Notebook* y que quizás una *tableta* de mayor tamaño sería beneficiosa para mi trabajo: Cualquier trabajo, pero por el momento la escritura de este libro. No resultó ser así, pero observo atento el mercado digital.

Mientras leía el relato de la vida de STEVE JOBS observaba (y me informaba, leía, iba a negocios de tecnología digital) qué llegaba a nuestro mercado, qué se podía acceder por *Mercado Libre*, qué estaba pasando en el mundo globalizado con los anuncios de nuevos productos y a su vez, qué podía pasar al respecto en un país que al momento parecía inclinarse por el aislamiento, la prohibición de importaciones.

O sea, estaba pensando cómo seguir actualizado en un país de economía de frontera, aislado del mundo. La depresión que el tema del libro evoca en mí por la muerte de mi padre hace décadas, se suma a la tristeza de un país que repite errores, recreando la administración paralela que comenté en 1982.

En las primeras consultas a *Mercado Libre*, una de mis preguntas era si daban factura A, si había que agregarle el IVA, cómo se cotizaba el dólar, hasta irme dando cuenta, de a poco y gracias a conocidos de conocidos, cómo funcionaba todo

en el mercado local. Había alcanzado a comprar mis recientes incorporaciones tecnológicas, todo parece indicar que eso va a cambiar por un tiempo ante la imposibilidad momentánea de seguir haciéndolo. Demasiada materia para la reflexión simultánea, pero también inevitable si uno no se pone anteojeras.

La biografía de STEVE JOBS proviene de un reputado biógrafo independiente, por ello es imparcial y objetiva y no tiene piedad alguna en mostrar sus muchos lados negativos, algunos de ellos prescindibles para una presentación equilibrada de su persona.

Por si fuera poco, la traducción deja mucho que desear: Lo escrito en inglés o francés hay que leerlo en su idioma de origen, no traducido; así lo hago desde antes de los 20 años. Se mantiene vivo el idioma, lo perfecciona, no tropieza con españolismos que distraen y sobre todo, entiende directamente al autor, no filtrado por quién sabe cuántos traductores apurados. Pues 600 páginas no las traduce *una* persona en pocas semanas...

Por la traducción y el proceso editorial, la edición castellana en papel *parece* posterior por la fecha pero en verdad es vieja al salir.

Alguna explicación del fin puntual de la biografía de STEVE JOBS aparece en la p. 692 del capítulo 40 de la *anterior* edición castellana, aparecida *después*, en el mismo año 2011; en la posteriormente escrita en inglés pero disponible en *Kindle* antes de la vieja edición castellana, se trata del capítulo 41, p. 556 de 630 (posición 9557 de 12476), comprada *antes* a Amazon por la mitad de precio. Diga el lector si no es más eficiente y barato estar actualizado en tecnología y saber inglés: Multiplique ese ahorro por el uso y superará al infinito los costos del aprendizaje.

Ello dice mucho del doble problema tecnológico e idiomático en que vivimos: Si no aprendemos inglés ni podemos ir a leerlo *primero* en *Internet*, nos condenamos a leer información desactualizada. Nuestro déficit informativo se convertirá en sistémico.

En todo caso, la factura de *ese* libro sobre STEVE JOBS no me deja satisfecho, en cualquiera de sus versiones, pues relata demasiados aspectos de su vida que no tienen relación con aquello por lo cual dejó una marca en el mundo, ni sirven tampoco para comprender su personalidad, salvo que pidió fuera escrita para que sus hijos lo conocieran.

Me pareció superfluo conocer sus relaciones de pareja, hijos, amores. Pero, repito, STEVE JOBS quería que sus hijos lo conocieran. Como sus lados negativos los sabrían de sobra, creo que lo que les faltaba era saber a qué y cómo dedicaba el tiempo que no estaba con ellos.

Eso es lo mismo que nos interesa a los demás, pues pocos hijos han tenido para sí todo el tiempo de su padre. Yo soy uno de esos pocos hijos, pero no uno de esos padres.

Los aspectos *negativos* de mi vida no serán entonces el voluntario relato del autor, sino la eventual conclusión divergente del lector acerca de lo que el autor tiene que decir. Yo no los veo ni ofrezco como aspectos negativos, aunque el lector pueda verlos así.

Será pues una divergencia de criterios de apreciación de la vida, con la diferencia que yo he vivido la mía; el lector podrá reflexionar comparándola con otras vidas, todas distintas. O como decía SÉNECA: “Tú puedes comprender mi dolor, pero tan solo yo lo siento.” Esto vale tanto para el autor como para el lector; para el dolor como para el placer.

Suele ser razonable conocer la biografía de alguien en forma secuencial. Me pasó al leer la de STEVE JOBS, tener dificultad con un cierto uso del “*flashback*” cinematográfico del autor hasta que comprendí su lógica por momentos *temática* y no cronológica. A pesar de todo, este libro nació y quedó construido con un constante ir y venir en el tiempo. En otras partes explico por qué.

7. *La interminable corrección*

Mi anónimo amigo poeta y matemático me señaló de entrada que según su computadora había repetido 301 veces la palabra “ya,” siendo que en la mayor parte de los casos su eliminación no altera el sentido, con lo que es superflua. Me puse a revisar el texto y encontré que en no más de tres o cuatro ocasiones podía estar justificada. Como lección a mí mismo usé otro giro verbal para evitar en todos los casos el fatídico “ya.”

Me dijo también que según las novísimas reglas de la Academia “solo” raramente va con acento. Decidí evitar la palabra, con o sin acento, salvo cuando está en una cita textual. Pero no he sido fiel a mi nueva regla. Me gusta debatir conmigo mismo.

Una de mis pre lectoras me objetó el abuso de la palabra “siempre,” por lo que la eliminé... casi siempre. Me señaló también el uso excesivo de las palabras terminadas en “mente,” lo que enmendé mucho pero... francamente me costó.

Ya aprendido el juego, empiezo a revisar las palabras que se repiten: Al comienzo, dejé algunas utilizaciones, pero cuando quería avanzar en el texto, el buscador de palabras comenzaba otra vez por el inicio. Esa prueba de resistencia la pasé. Pero luego ensayé con eliminar “obra” (repetida hasta el hartazgo) en casi todas las ocasiones.

Así continué, escribiendo palabras en el buscador y controlando su uso. Encontré varios verbos coloquiales que se suman a otros verbos, el más insigne “saber ver” de MIGUEL ÁNGEL, el que por supuesto dejé. Otros los eliminé.

A mi amigo poeta no le gustan los números en el texto, prefiere las letras. Cambié todos los números que pude sustituir por una palabra corta. El día de mi

nacimiento y la muerte de mi padre y mi hermana, los dejé en el 22 que tuvieron en mí hasta el presente.

Me rendí ante la evidencia que ignoro acusativo y dativo, objeto directo e indirecto. Si tuviera tanta perfección, no sería yo. Necesito dejar algunas muestras de mi pobre gramática o si no, alguno va a sospechar que no debo haber escrito el libro. Mis errores son así la marca de agua, las contraluces e hilos invisibles que permiten diferenciar un billete falso de uno genuino. No digo que sea buena moneda. Es moneda local, auténtica.